

Abandonados

Isaías Alejandro González

Image not found.

Capítulo 1

ABANDONADOS

Pablo estaba llorando.

- No llores hermanito, veras que mami va a volver por nosotros – le decía Gloria abrazándolo para consolarlo y, a su vez, para llorar juntos.

Pero Pablo en su berrinche infantil luchaba por separarse de los brazos de su hermana tratando de correr hacia su mamá “imamá, no!” gritaba desesperado hacia la puerta del baño público en el que le había dicho a Gloria que la esperaran. Ella no quería soltar a su hermanito por más que este peleaba y pataleaba, no era tanto la necesidad de protegerlo sino la ansiedad y el miedo crecientes al verse sola a sus escasos cinco años, lloraba repitiendo entre sollozos “no hermanito, no se va a ir sin nosotros, ya ha de venir de regreso, solo quiere espantarnos”.

La niña se sentía culpable, pensaba que por ella los habían dejado, todo porque peleó la lámpara sorda con la que Pablo se estaba entreteniéndolo cuando se fue la luz, Jessica estaba molesta porque le dolía la cabeza y porque ya no tenía cigarros, la atormentaban las ganas de fumar, había prendido una vela para iluminarse y los niños se pusieron a jugar con la luz, antes de que se quemaran ella le dio la lámpara al bebé pidiéndole a la niña que se la compartieran, pensaba que jugarían a hacer sombras en las paredes como ella lo hacía con sus hermanos cuando era pequeña, pero no, en lugar de eso Gloria quiso arrebatársela a Pablo quien gritó desesperado y se puso a llorar.

- ¡Ya estense en paz! – gritó Jessica desde el otro lado del cuarto en donde se había sentado en una silla de madera para mirar por la ventana, esperaba ver a Teo llegar a su casa, quería confrontarlo porque sentía que la engañaba.

Los niños no dejaron de pelear con el grito de su madre, Gloria se recostó en la cama para alejar la lámpara de las manitas de su hermano que se encimaba en ella para alcanzarla, forcejearon hasta llegar a la orilla en donde Pablo perdió el equilibrio y se cayó, su pequeño cuerpo de bebé se desplomó de lado sin que pudiera meter las manos para protegerse y estampó su cabeza contra el suelo de cemento rústico, inmediatamente comenzó a llorar gritando para después quedarse sin respirar en un espasmo generado por la explosión del llanto y al final seguir llorando con la misma intensidad.

Jessica se separó de la ventana y corrió hacia el pequeño mientras que Gloria sabiéndose culpable corrió hasta la otra esquina de la cama, la más

hasta abajo del parpado derecho, la parte más pronunciada estaba en el labio inferior que le sangraba a pequeñas gotas y se le había inflamado. Los ojos se le llenaron de lágrimas al verla así y tuvo que abrazarla fuerte para acallar un poco los gritos acusadores de su conciencia.

- Perdóname, princesa, ¿pero es que por qué son tan tremendos? – le dijo llena de remordimiento.

La niña lloraba en silencio prendada al abrazo de su madre, lloraba de tristeza legítima, de dolor tanto físico como emocional y también lloraba de alivio, porque ella lo que necesitaba eran los abrazos de su madre, el cariño de aquella señora que no la sabía comprender.

Tomaron café de olla arropados por la luz de la vela, tenían un bolillo que los niños compartieron partiéndolo a la mitad. Pablo era de buen comer a pesar de su corta edad, se terminó el vaso de café frío que su madre le había servido, lo hizo sin protestar y después de eso le pidió más “si mi amor, pero ya no hay bolillos ¡eh!” le dijo mientras le servía otra mitad del vaso.

Gloria cenaba lento y callada, se metía el pan en la boca con cuidado y exageraba algunos gestos de dolor cuando se empinaba el vaso de plástico para ganarse algunos mimos extra de su madre.

Una vez que terminaron la cena los llevó a acostar, los tapó con la misma colcha y, Gloria más reconciliada con el mundo, abrazó a su hermanito como lo hacía casi todas las noches, ya no lo odiaba ni quería que se muriera, ya ni siquiera recordaba que lo había considerado en su delirio. Sintió como su hermanito comenzaba a respirar lenta y profundamente, como su pequeño cuerpo se relajaba y se empezaba sentir más tibio bajo las sabanas, lo sintió dormido y su calidez le contagió el sueño, ya estaba casi dormida cuando escuchó los pasos de su mamá que se separaban de la ventana a toda prisa para abrir la puerta de un jalón, los goznes de la puerta chirriaron por el óxido.

- ¡Teo, necesito hablar contigo! – le susurró Jessica a la persona que estaba afuera, Gloria sabía que era su vecino, que hace un par de meses solía cenar con ellos y llevarles pan o dulces de la tienda, pero que ahora ya no los miraba cuando se cruzaban por la calle.

La niña trató de poner atención, trató incluso de no respirar para poder escuchar la plática de los adultos, cosas que a ella no tenían porque importarle, según le había dicho su abuela Licha esa vez que habían ido al

pueblo y ella estaba interrumpiéndoles su plática, pero por más que guardó silencio no pudo escuchar más que susurros ininteligibles, cosas que no tenían sentido hasta que su mamá comenzó a levantar más la voz.

- ¡No me vas a decir que ya no me quieres, Teo, tú me lo prometiste!

- ¡No seas necia!, ya te dije que no – la voz de Teo era grave, altiva, déspota – no me voy a separar de Sandra, si quieres que te mantengan a tus escuincles busca al buey que te los hizo, yo no voy a andar manteniendo leches ajenas.

- No Teo, por favor, si no te pido que la dejes ni que nos mantengas, solo que... Teo yo te amo, no me hagas esto.

- ¡No! suéltame que nos van a ver, ya no quiero seguir contigo, ¡ya entiende!, se acabó.

- ¡Teo, Teo, no te vayas por favor!...

Gloria escuchó a su madre hablando desesperada, pero ya no hubo respuesta de Teo, por un par de segundos todo quedó en silencio de nuevo hasta que escuchó a su madre llorando, ya había entrado a la casa y se sentó en la cocina con las manos en el rostro. Gloria no resistió más la tentación y se levantó de la cama con cuidado para no despertar a su hermanito que, ajeno a todo lo que estaba pasando, descansaba tranquilo.

Tímidamente se asomó recargada en el marco de la puerta, la oscuridad del comedor apenas le permitía vislumbrar la silueta de su madre, se acercó un poco más, temerosa de que le fueran a pegar de nuevo, pero con la inquietud de consolarla porque sabía que su mami estaba sufriendo, que estaba sufriendo mucho.

- ¿Qué haces despierta? – dijo Jessica cuando sintió la pequeña mano de su hija agarrándole la pierna, la niña no contestó, no sabía que decirle así que se abrazó de su rodilla para que lloraran juntas.

Jessica la levantó del suelo y la abrazó con fuerza, dejando que los brazos de su hija la purificaran un poco, que limpiaran de su alma todo el dolor que sentía, así lloraron juntas y por varios minutos “¡estamos solitas, mi vida, estamos solitas, para nosotras no hay nadie más!” la niña escuchó en su oído el desesperado lamento de su madre sintiéndose condenada a una vida de soledad, sin siquiera poder entenderlo. A su mente vino el recuerdo borroso de su padre, el que creía que era su padre porque ella no conocía al hombre que la había engendrado, el papá de Pablo había

sido para ella la única figura paterna y lo quería al mismo grado que le temía ya que en un principio la había tratado como a su propia hija, haciendo que en ella naciera un cariño profundo hacia él, se sentía protegida y orgullosa cuando lo acompañaba a la calle y la llevaba de la mano, todas las tardes la pasaban juntos los tres, eso hasta que nació Pablo, entonces las cosas cambiaron “él bebé si es mi hijo” le decía el hombre a su madre cuando peleaban “si de alguien tengo que hacerme cargo es de él, ¿me entiendes?, ni de ti ni de la chamaca” y así sucedía, él hombre se enfrascó en consentir a su hijo, mirándola a ella con desprecio creciente hasta que por fin se distanció de todos, ni Pablo ni ella eran ya merecedores de sus cariños. Un día simplemente no regresó a la casa, desapareció para siempre y su madre le dijo por toda respuesta a sus preguntas “ese señor ya no va a vivir con nosotras, se fue porque ya no nos aguantaba”, pero esa vez no lo dijo llorando sino seria, como si estuviera orgullosa de haberse deshecho de él.

- ¡Ya estoy cansada de todo! – dijo Jessica soltándola, sus ojos rojos brillaron de coraje en el reflejo de la luz de la vela del otro cuarto – ¡ya estoy harta! – su voz salía a presión de sus labios tensos, la niña sintió como se le ponía el cuerpo muy rígido – ¡nos vamos ya mismo!

Se levantó decidida, llena de odio hacia todos aquellos que la habían engañado, de esos que la habían usado y luego desechado como si fuera basura. Le pidió a su hija que guardara su ropa en bolsas de plástico “nos vamos ahora mismo” le dijo mientras se metía al cuarto para recoger de lo poco que tenían lo único que podían llevarse; fueron suficientes solo cinco bolsas de plástico corrientes para empacar la ropa de los dos niños y de la mujer.

- Mamá, ¿dónde vamos? – preguntó la niña angustiada por la incertidumbre de la decisión repentina de su madre.

- Vamos con mamá Licha – dijo refiriéndose a la casa de la abuela – nos vamos a Puebla.

La determinación estaba tomada y la niña se sintió feliz por ello, a ella le gustaba mucho visitar a sus abuelitos y jugar con sus primos, dejó de preocuparse y se cargó los dos pequeños bultos de la ropa de ella y de su hermanito, mientras que su madre buscaba y rebuscaba entre cajones y sobre la mesa el poco dinero que pudiera encontrar. Al final estuvieron listas para partir, la niña cubierta con una pequeña chamarra de mezclilla con forro acojinado, cargando sus bolsitas de ropa sobre la espalda; la madre, llevaba puesto el único suéter que tenía, era tejido y de color rosa, en los brazos llevaba a Pablo cubierto por la colcha que lo había tapado en la cama y aun iba profundamente

dormido, las bolsas de ropa se las había amarrado al cinturón, para poder llevar de la mano a la niña. Salieron de la casa para ya no regresar, pasaron por la calle oscura como si fueran almas en pena, la niña tenía miedo de ver a cualquier lado y descubrir algún fantasma acechándolas, así que se agarró con fuerza a la mano de su mamá acelerando sus pasitos casi hasta correr para no quedarse atrás. Así continuaron a oscuras entre calle y calle hasta que llegaron por fin a la avenida Nezahualcoyotl, en donde si había faros encendidos, carros que transitaban rápidamente, motonetas con dos o tres jóvenes montados en ellas buscando tiendas para comprar alcohol y combis de transporte público, ellas esperaron bajo las lámparas de una tienda que aún no cerraba hasta que pasó la combi que tenía el letrero de "TAPO", la abordaron y siguieron su recorrido.

...

El tiempo transcurría lento y pesado, Gloria se había quedado dormida algunos minutos, pero la incomodidad de las butacas de la terminal hizo que despertara adolorida de sus pequeños brazos.

- ¿Mamá a qué hora sale nuestro camión? – preguntó somnolienta.

- No sé, no me estés molestando, duérmete otro rato – dijo la madre desesperada, no sabía a qué hora saldría el camión porque no había comprado los boletos, no llevaba dinero para ello.

- No me puedo dormir, me duele mi espalda.

- Acuéstate en el suelo, ponte las bolsas como almohada.

Al llegar a esas alturas de su vida, Jessica ya no sabía qué hacer, estaba totalmente perdida, no regresaría a su casa ni sabía de alguna manera para conseguir dinero para llegar a Puebla, cuando preparaba sus cosas había pensado en encargar a sus hijos a su vecina doña Remedios para irse a trabajar, pero después de que se supo sobre su relación con Teo, que era un hombre casado y tenía fama de mujeriego, la señora la juzgó de "puta" y le negó desde ese momento su palabra y su apoyo, también pensó en sentarse en la entrada de la terminal a pedir limosna, seguro que con los dos niños a su lado y en las condiciones en las que se encontraba, la gente se apiadaría de ella, pero había mucho mendigo ya en la terminal, algunos eran muy agresivos y no la dejarían estar en su zona, además no podría hacerlo porque los vigilantes la sacarían si no se ponía a mano con ellos.

Sabía que había cometido un error al salirse de su casa de noche y sin

avisarle a nadie, pero no se arrepentía, aun le quedaba orgullo para no dejarse destruir y tanto Teo como los otros dos "hijos de la chingada" que la habían dejado, tendrían que ir a buscar rogándole algún día.

Al darse las doce de la noche el frío comenzó a sentirse con más intensidad, la niña temblaba recostada sobre los bultos de ropa y a ella comenzaba a dolerle la espalda, el único que parecía estar cómodo era Pablo, dormido plácidamente en sus manos. Jessica quería llorar, pero al parecer ya no tenía lágrimas, quería fumar, pero tampoco tenía cigarros, quería dejarlo todo y salir corriendo pero tampoco tenía dinero, pensó incluso en salir a las calles de la terminal y ofrecer el cuerpo para poder pagar el viaje "al final ya nadie me baja de puta" se dijo mirando con odio a todo mundo, pero a ella nadie la volteaba a ver, de vez en cuando algún viajero desviaba hacia ella la mirada, dejando ver la tristeza que le provocaban aquellos pequeños niños, pero no se detenían, una vez que habían pasado de frente volvían a sus asuntos como si ella y sus hijos no existieran.

"Ya no puedo más" pensó agotada, llena de despecho y rencor sabía que su vida se estaba acabando y lo peor de todo es que, así como estaba, atada a sus hijos, ni siquiera podría aventarse a las vías del tren. Eran sus hijos los que la detenían, ellos eran su lastre, cuando sus papás la dejaron ella sentía que apoyada en el amor que les tenía, lograría salir adelante, que podría hacerse de un negocio, de una casa, de dinero y de un carro.

Pero a medida que pasaba el tiempo, se sentía más y más sola, los niños la necesitaban demasiado, tenía que regresar rápido a la casa para darles de comer y es por ellos que en ningún trabajo duraba "incluso Teo me dejó porque no estoy sola, porque si no los tuviera él seguro se habría quedado conmigo en lugar de seguir con su mujer" pensó y sintió la presencia de sus hijos como una plaga, como un hongo adherido a su piel, le provocaron repugnancia. Las ganas de fumar se hicieron más intensas "ni siquiera puedo ir a comprar un cigarro porque los tengo pegados a mí" se dijo con coraje, ya no los soportaba, ella quería alejarse de todo, pero de ellos no podía, con ellos tenía que cargar porque eran su cruz, la cruz impuesta por el dios que a ella nunca la había querido. En la mitad de su furor comenzó a buscar con la mirada algún punto solitario, no se dijo nada, no quería confesarse abiertamente sus intenciones, solo pensaba en encontrarlo, un lugar que estuviera lo suficientemente solo, queriendo con el corazón no encontrarlo porque no quería probarse a sí misma. Las esquinas de las salas de espera estaban muy concurridas y si simplemente se levantaba y dejaba al niño recostado junto a su hermana, seguramente algún policía la vería y hasta la podrían meter a la cárcel. Así, quiso olvidar la posibilidad, tratando de sentirse culpable por el simple hecho de pensarlo, de medio pensarlo, pero no podía, sentía odio, mucho odio, tanto que dentro de ella ya no cabía la culpa, su última mirada fue hacia

el baño público, estaba lejos de ella, y de la mayoría de los pasajeros, casi en una de las esquinas de la sala, no había nadie que lo cuidara y las señoras de alrededor dormitaban plácidamente, nadie la vería entrar y mucho menos la verían salir.

- Hija, mi vida, despierta, necesito que me acompañes, tengo que ir a hacer pipí – le dijo a Gloria acariciando su pequeño hombro con suavidad.

...

Amparo Trejo llegó de Oaxaca a la una y veinte de la madrugada, después de un viaje de casi catorce horas y una botella de agua de un litro y medio, en lo único que pensaba al llegar a la terminal era encontrar un baño para liberar toda la presión interna. Viajaba con su hija Lucía y con su yerno Miguel, iban a visitar a su hijo Jorge que tenía ya ocho años viviendo en la capital.

Amparo llegando a la sala de espera descargó sus maletas en la primera butaca que encontró le dijo a su hija “aquí espérenme tantito, que ya me hago” y salió disparada hacia el baño de mujeres, las pocas personas que permanecían en la terminal esperando la salida de su camión estaban dormidas y bien tapadas de pies a cabeza, el baño no requería dinero, pero tenía un torniquete que le dificultó la entrada. Toda su vida recordaría desde el momento en que sintió la presión de la orina acumulada desde hacía más de tres horas, empujada por el tubo del torniquete, hasta ver de pronto a las dos pequeñas criaturas, paradas a mitad del pasillo del baño con los corazoncitos rotos al ver que quien entraba no era su mami, ya se habían parado corriendo a recibirla con alegría, la niña tenía de la mano al pequeño bebé que ya no lloraba pero conservaba los ojos rojos y la mirada vidriosa. Desilusionados y asustados retrocedieron unos pasos y el bebé se colocó detrás de su hermanita buscando instintivamente su protección.

- Niños, ¿están solitos? – preguntó la mujer sintiendo un repentino nudo en la garganta y perdiendo al instante todas las ganas de orinar.